

la Asamblea legislativa habia confiado la autoridad suprema en las poblaciones declaradas en estado de sitio, se reunió. Este consejo de guerra decidió que la ciudad no estaba en estado de resistir. Beaurepaire y sus principales oficiales, en cuyo número se contaban los jóvenes tenientes que despues fueron los generales Lemoine, Dufour y Marceau, nombres famosos en nuestras guerras futuras, se opusieron en vano á una capitulacion prematura. Convenian en que la plaza no podia sufrir un largo sitio, pero al ménos querian que cayese con honra. El consejo se precipitó en el oprobio, y la capitulacion quedó decidida.

Beaurepaire, rechazando la pluma que le presentaban para firmar, dijo: «Señores, he jurado no entregar más que mi cadáver á los enemigos de mi patria. Sobrevivid á vuestra vergüenza si podeis. En cuanto á mí, fiel á mis juramentos, ved aquí mi última determinacion. Yo muero libre. Legó mi sangre en oprobio á los cobardes, y en ejemplo á los valientes». Al concluir estas palabras, se tiró un pistoletazo en el pecho. Este acto de heroísmo ni aún avergonzó á los miembros del consejo. Hicieron quitar de allí el cadáver, y firmaron la rendicion de Verdun.

Las jóvenes de las principales familias de la ciudad, ataviadas con sus mejores trajes, fueron procesionalmente á arrojar flores al rey de Prusia á su entrada en la ciudad. Este crimen, disculpable por la edad, el sexo y la inocencia, las condujo despues al cadalso. La guarnicion salió con los honores de guerra. Un furgon, tirado por caballos negros y cubierto con una bandera tricolor en vez de paño mortuario, condujo el cuerpo de Beaurepaire, que los soldados no quisieron dejar en poder de sus enemigos. La Asamblea legislativa concedió honores fúnebres á Beaurepaire, y su corazon se depositó en el Panteon. El joven Marceau, cuyo elocuente enojo habia protestado contra la capitulacion, se hizo acreedor á la admiracion pública. Habia perdido éste al salir de Verdun sus armas, sus caballos y su equipaje. «¿Qué quereis que la nacion os dé?»—le preguntó un representante del pueblo comisionado en el ejército de Dumouriez. «Mi sable»,—respondió lacónicamente Marceau.

VII

La noticia de la fuga de Lafayette, de la entrada del ejército coligado en el territorio, la toma de Longwy y la capitulacion de Verdun, resonaron en Paris como un trueno, y la consternacion se veia pintada en todos los semblantes. Teniendo á los extranjeros á seis jornadas de la capital, la traicion en el ejército, la cobardía en las ciudades, el espanto en las campiñas, la alegría secreta en el corazon de los cómplices de los conjurados; con un gobierno trastornado, una Asamblea disuelta, una catástrofe en un interregno, y una guerra extranjera en una guerra civil, nunca Francia habia estado más próxima á los dias siniestros que presagian la disolucion de las naciones. Todo estaba muerto para ella ménos la voluntad de vivir. Sólo el entusiasmo por la patria y por la libertad la sostenia. Abandonada por todos, ella no se abandonó á sí misma; no le faltaban más que dos cosas para salvarse, que eran el tiempo y la dictadura. ¿El tiempo? El heroísmo de Dumouriez se le dió. ¿La dictadura? Danton la tomó bajo el nombre del ayuntamiento de Paris. Todo el intervalo que medió desde el 10 de Agosto al 20 de Setiembre, Danton fué el único gobierno. Dominando al ayuntamiento, sujeto servilmente á él, fomentaba y dirigia las voluntades y llevaba al Consejo de minis-

tros la omnipotencia que tomaba en la casa de la ciudad. Hablaba como otro Mario, que no queria ver en sus colegas más que instrumentos de su voluntad. El filósofo Roland, el hacendista Claviere, el geómetra Monge, el diplomático Lebrun y el militar Servan carecian del talento, de la accion y de la perversidad de las crisis en que su ambicion los habia arrojado. Danton era el único hombre de Estado del poder ejecutivo; tambien era su única voz. Ninguno de estos hombres de pluma, envejecidos en las cancellerías ó en las secretarías, sabía el idioma acen- tuado de las pasiones. Danton lo habia aprendido en su larga práctica de sedicio- nes y motines: el pueblo conocia su voz, y alborotaba ó calmaba al populacho con un gesto. Aterraba á la Asamblea, y hablaba ménos como ministro que como mediador que protege y reprende. Sus consejos eran órdenes. Apoyándose en su popularidad, proponia en términos fulminantes, oscuros y breves sus plebiscitos en la barra, y se apresuraba á volver al misterio de sus conciliábulos, á las intri- gas de sus agentes ó á las juntas secretas de la municipalidad. El aturdimiento que impuso por su superioridad se revelaba en todo; la precision de su talento, la energía de su patriotismo, el vigor de sus consejos y el volcan de su alma ponian á los partidos bajo su dependencia. Poseyendo los hilos de todas las tramas, las hacia obrar, tan pronto mostrando como tan pronto ocultando su mano. No se dignaba tampoco disfrazar su desprecio por Roland. El ponía la vista y la mano en la administracion de todos sus colegas: dirigia la guerra, la hacienda, el inte- rior y las negociaciones sordas con el extranjero. Roland murmuraba en secreto y se quejaba con su mujer de la insolencia y de la universalidad de atribuciones que afectaba Danton: humillado por la supremacia de su colega y espantado de sus instintos, conocia que el 10 de Agosto huía de las manos de su partido, y que en vez de darse un auxiliar en la persona de Danton, los girondinos se habian dado un dueño. Roland cedió por lo tanto, esperando levantarse en la próxima Asam- blea, y se ciñó sólo á los pormenores puramente administrativos del ministerio del Interior, consolándose de este papel desairado en sus confidencias con Brissot, Guadet y Vergniaud.

Danton, sin embargo, no descuidaba nada para unir el poder de la seduccion al de la intimidacion sobre Roland, tratando de complacer á su mujer, conociendo el ascendiente que tenia con su marido. Madama Roland veia con la repugnancia delicada é instintiva de su sexo la presencia de Danton en el poder ejecutivo. Este tribuno sin gracia, sin moralidad y sin principios era, segun ella, una concesion humillante de los girondinos al miedo. «Es una vergüenza—les decia á sus confi- dentes—que el Consejo se manche con Danton, cuya fama es tan mala.» «¿Qué que- reis!»—le respondia Brissot.—«Es necesario tomar la fuerza en donde se encuentre.» «Mas hubiera valido—replicaba ella—no investir del poder á semejantes hombres, ya que no es fácil impedirles que abusen de él.»

Ella soñaba en un Consejo de ministros compuesto de republicanos firmes, moderados é incorruptibles, tales como los habia leído en Plutarco. Veia, en lugar del talento y la virtud antigua, la complacencia de Monge, que temia á cada mi- rada de Danton ser denunciado por él á la sospecha de la municipalidad; la indi- ferencia de Servan por todo lo que no era de la competencia del ministerio de la Guerra, la medianía de Lebrun y la turbulencia é inmoralidad de Danton. Recibia, sin embargo, en su casa las visitas del joven ministro al principio de su ministerio,

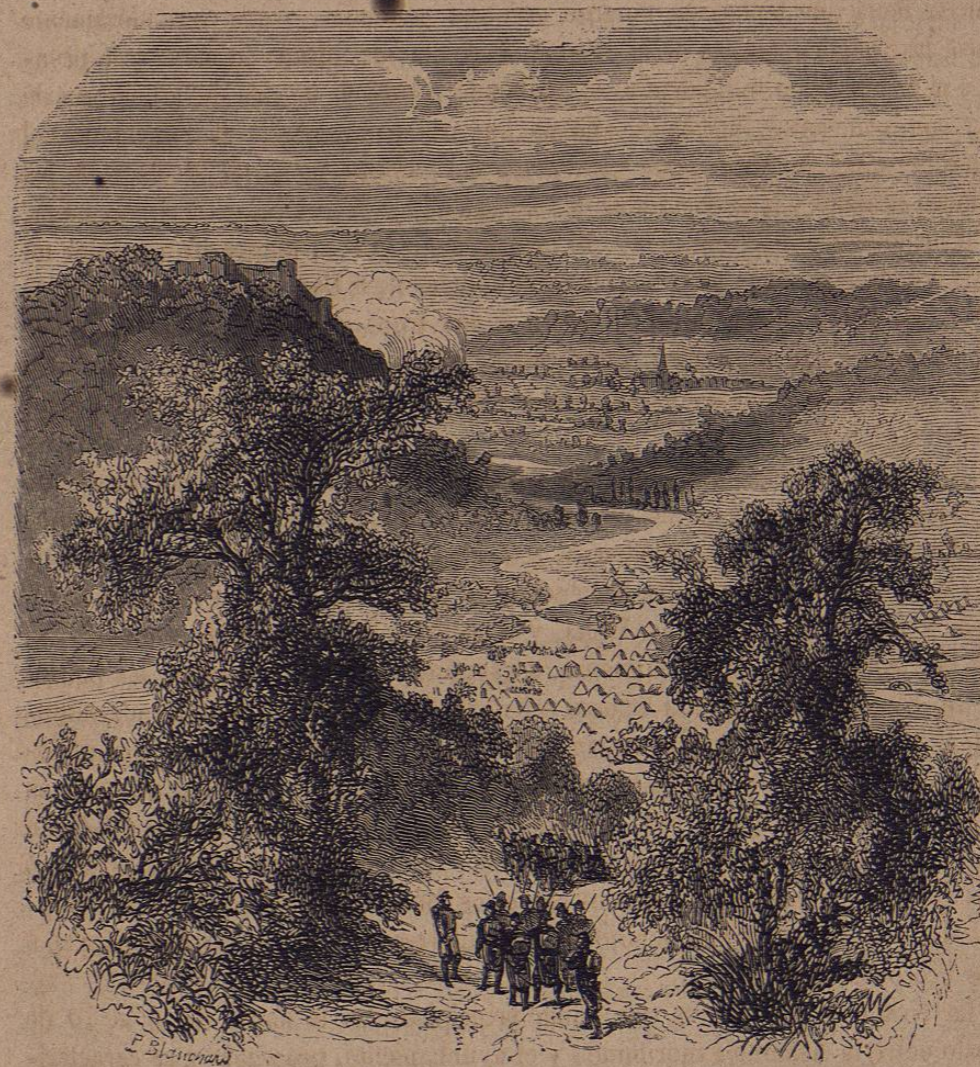
á veces ántes de la hora del Consejo, que Danton retardaba para tener tiempo de hablar con ella, y á veces en convites de intimidad, en donde reunia algunos amigos para hablar de los negocios públicos. Danton llevaba ordinariamente consigo á Camilo Desmoulins y á Fabre d'Eglantine. La conversacion de Danton respiraba patriotismo, abnegacion y ardiente deseo por la concordia con sus colegas. Sus palabras, el eco de su voz, el acento de sinceridad y, por decirlo así, la serenidad de su entusiasmo, ilusionaban por un momento á madama Roland, creyendo que la mala fama que tenia este hombre era una calumnia, y que verdaderamente poseia las virtudes salvajes de la libertad. Pero cuando miraba su cara, se reprendia á sí misma tanta indulgencia, no pudiendo combinar la idea de la hombría de bien con semejantes facciones. «Yo no he visto nada—decia ella hablando del rostro de aquel hombre—que caracterice tan completamente el arrebató de las pasiones brutales y la audacia más desenfrenada bajo la afectacion de la franqueza, de la jovialidad y del buen genio. Mi imaginacion, que es aficionada á señalar un papel á cada personaje, me representa continuamente á Danton con un puñal en la mano, excitando con la voz y la accion á una tropa de asesinos, más tímidos ó ménos feroces que él; ó bien, satisfecho de sus maldades, entregado como otro Sardanápalo á las únicas voluptuosidades en las que su alma descansa de sus crímenes.»

Apénas elevado al poder por la catástrofe del 10 de Agosto, Danton abandonó su papel de agitador, y se mostró á la altura de la crisis. Se atrajo por su liberalidad todas las ambiciones subalternas sedientas de oro y crédito que habia excitado largo tiempo en los clubs, haciéndose un partido de todos los hombres ambiciosos y sedientos de riquezas. Venal, y conociendo el poder de la venalidad, se valia de cualquier medio sin vergüenza, organizando la corrupcion entre los patriotas. No contento con cien mil francos señalados para gastos secretos á cada ministerio el 10 de Agosto, se apoderó sin dar cuentas de la cuarta parte de dos millones de gastos secretos que la Asamblea votó al poder ejecutivo para negociar en los gabinetes extranjeros y para disponer el espíritu público, obligando á Lebrun y á Servan á entregarle una parte de los fondos destinados á sus ministerios. Envió á los ejércitos comisionados pagados con estos fondos, y escogidos entre los hombres del ayuntamiento más vendidos á sus intereses. El tesoro público pagaba á estos procónsules de Danton.

La rivalidad de poderes que habia principiado en la noche del 9 al 10 de Agosto entre la Asamblea moribunda y el ayuntamiento, proseguia y se caracterizaba más y más á cada momento. La Asamblea, único poder legal y el solo resto que habia quedado de la Constitucion, trataba de atraer al pueblo despues de la crisis al sentimiento de la legalidad y del respeto constitucional á la autoridad de los representantes de la nacion. Quería ésta gobernar en adelante con las leyes. El Consejo general del ayuntamiento, producto de un motin y de una usurpacion, queria perpetuar en sí el derecho de insurreccion, atraerse todo el poder ejecutivo, y servirse solamente de la Representacion nacional para que redactase en decretos los mandatos absolutos de la capital. Cada sesion atestiguaba este deseo. Así que los comisionados llevaban á la Asamblea una nueva exigencia del ayuntamiento, algunas voces enérgicas resistian la usurpacion de poderes, pero otras, intimidadas ó cómplices, demostraban la urgencia del decreto que se proponia, y todo

concluia por un acto de obsequioso servilismo á la voluntad del ayuntamiento, ó por una de esas medidas equívocas que ocultan un vasallaje real bajo la apariencia de una transaccion. Por miedo de aparecer vencidos los diputados, se hacian cómplices de la municipalidad.

El ayuntamiento pidió imperiosamente la creacion de un tribunal ejecutivo que juzgase sumariamente á los enemigos del pueblo y á los cómplices de la corte.



Campamento de Grandpré.—Pág. 35.

Brissot y sus amigos temieron poner en manos del pueblo semejante instrumento de tiranía, y resistieron algunos días á esta súplica. Redactaron, pues, una proclama inclinando los ánimos hácia los principios de justicia, de humanidad y de imparcialidad, y en la que se reclamaban garantías para las vidas de todos los ciudadanos ante los tribunales. Choudieu y Thuriot, aunque jacobinos, se opusieron con energía á la creacion de este tribunal de venganza. «Adoro la revolucion,—exclamó Thuriot,—pero declaro que si ésta no puede triunfar sino por un crimen, la dejaré perecer ántes de mancharme por salvarla.» La conciencia de Thuriot le revelaba la verdadera salvacion de las revoluciones. El crimen es la política de

los asesinos. El verdadero genio es siempre inocente, porque es la suprema inteligencia.

El ayuntamiento insistía y amenazaba. «¡Ciudadanos!—dijo un orador de aquella corporación en la barra de la Asamblea.—El pueblo está cansado ya de que no se le haya vengado. Temed que se haga justicia por sí mismo. Os anuncio que á medianoche sonará la campana y se tocará generala. Queremos que se nombre un ciudadano por cada sección para formar un tribunal de sangre, y que este tribunal se sitúe en el palacio de las Tullerías, á fin de que la venganza estalle en donde se ha tramado el crimen. Pido que Luis XVI y María Antonieta, tan ávidos de la sangre del pueblo, se sacien viendo derramar la de sus infames satélites.» «Si ántes de tres horas los jurados que pedimos —añadió otro orador— no están en estado de obrar, grandes desgracias caerán sobre vuestras cabezas.» Herault de Sechelles, á nombre de la comisión extraordinaria, respondió pocos momentos despues á esta intimación con la lectura de un decreto que instituía un tribunal encargado de juzgar los crímenes del 10 de Agosto. Robespierre fué nombrado presidente de este tribunal. El se negó á serlo, ya por horror al derramamiento de sangre, ya por desdeñar una magistratura que no correspondía á la elevación de sus sentimientos.

La guardia nacional, que se habia hecho odiosa á unos y sospechosa á otros, fué reorganizada en sentido popular, tomando el nombre de *secciones armadas*. Se destinó á cada compañía de estas secciones armadas un número ilimitado de jornaleros y proletarios, provistos de picas; guardia pretoriana del ayuntamiento, pagada por él y enteramente á su obediencia, encargada con particularidad de vigilar á los ciudadanos de las secciones.

No satisfecho aún el ayuntamiento con la creación de un tribunal sanguinario, pidió en la sesión del 25 de Agosto que los presos de Orleans fuesen trasladados á Paris, para que sufriesen el suplicio correspondiente á sus delitos. Algunos federados de Brest, con armas, acompañaron este día á los comisionados del ayuntamiento. Uno de éstos amenazó á la Asamblea con la venganza popular si no se les dejaba derramar la sangre de los presos. Lacroix, amigo de Robespierre y de Danton y jacobino fanático, pero diputado valiente, presidía la Asamblea. «Francia entera —respondió con indignación á los comisionados del ayuntamiento— tiene fijos los ojos en la Asamblea nacional: nosotros serémos dignos de ella. Las amenazas no producirán otro efecto que el de resignarnos á morir en nuestro puesto. No nos pertenece el derecho de cambiar la Constitución. Dirigid vuestras peticiones á la Convención nacional, porque sólo ella puede cambiar la organización del tribunal de Orleans. Hemos hecho nuestro deber, y si nuestra muerte es la última prueba necesaria para persuadirlos de ello, el pueblo, con que nos amenazais, puede disponer de nuestras vidas. Los diputados que no han temido á la muerte cuando los satélites del despotismo amenazaban al pueblo, y que han participado con él de todos los peligros que ha corrido, sabrán morir en sus puestos. Id á decirlo así á los que os han enviado.» Esta resistencia generosa de Lacroix, amigo de Danton, hizo suponer que este ministro resistía aún á las instigaciones de Marat y de su partido, que le indujo á cometer los crímenes de Setiembre. Así, despues de catorce días de un triunfo conseguido en comun sobre el trono, la Asamblea estaba reducida á disputar al ayuntamiento y al pueblo la provocación del asesinato. Al otro día

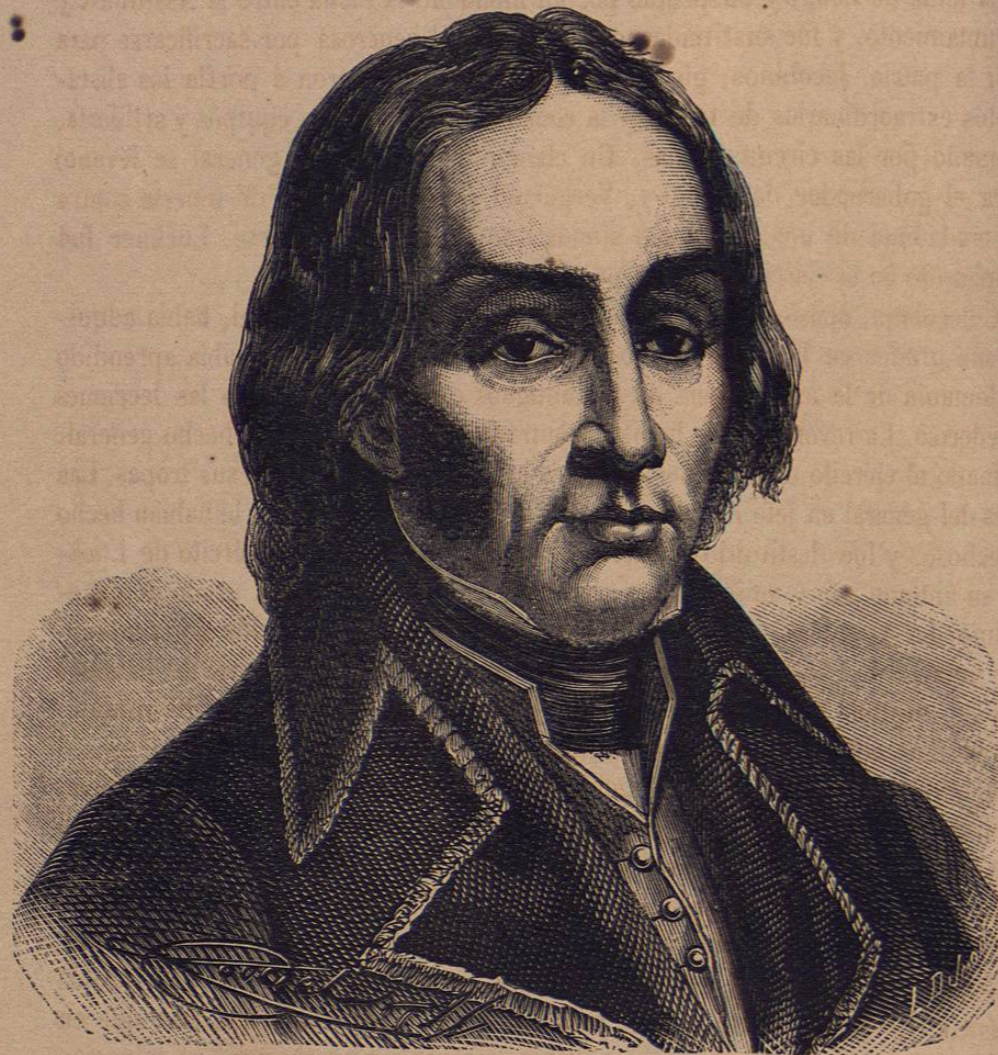
dió el decreto de deportacion de los sacerdotes que habian rehusado ó retractado el juramento á la Constitucion civil del clero.

VIII

La toma de Longwy suspendió por un momento la lucha entre la Asamblea y el ayuntamiento, y fué sustituida por una rivalidad generosa por sacrificarse para salvar la patria. Jacobinos, girondinos y franciscanos votaron á porfía los alistamientos extraordinarios de tropas y la construccion de armas, equipos y artillería, reclamado por las circunstancias. Un clamor de indignacion general se levantó contra el gobernador de Longwy. Vergniaud propuso la pena de muerte contra todo ciudadano de una poblacion sitiada que hablase de rendirse. Luckner fué reemplazado en el ejército de Metz por Kellermann.

Kellermann, apasionado por la carrera militar y por la libertad, habia adquirido sus grados en la guerra de los Siete años. Jóven entónces, habia aprendido en Alemania de la experiencia de los antiguos capitanes, y tomado las lecciones de Federico. La revolucion le habia encontrado coronel, y le habia hecho general. Destinado al ejército de Luckner, se habia adquirido el aprecio de sus tropas. Las dudas del general en jefe en hacer prestar el juramento á la nacion le habian hecho sospechoso, y fué destituido. Kellermann rehusó el mando del ejército de Luckner, su antiguo jefe y amigo, si no se concedia al viejo general el grado de generalísimo. La Asamblea, admirada de tanta generosidad y convencida de la inocencia y nulidad de Luckner, le concedió en efecto el grado, y le envió á Chalons á gozar de un título puramente honorífico, y á organizar los batallones de voluntarios que iban allí de todos los departamentos del ejército.

Miéntnas que Danton daba al gobierno el vigor de su actividad, Robespierre, no tan dueño como aquél del Consejo del ayuntamiento por un suceso del cual no habia participado, empezó á levantar la voz despues de la batalla como para explicar su sentido y sus consecuencias al pueblo. «La nacion francesa ha llegado—escribia—á un punto de calamidad pública en que las naciones, así como los individuos, no tienen sino un deber que cumplir, que es el de proveer á su propia existencia. Levantada como en 89, pero con más orden y majestad aún que en aquel año, ha ejercido con más serenidad su soberanía para asegurar su salvacion y su felicidad. En 89, una parte de la aristocracia la ayudó; en 92, no ha tenido más que á sí misma para salvarse.» En seguida, refiriendo la jornada, resumió así su opinion sobre las consecuencias del 10 de Agosto: «La Asamblea ha suspendido al rey, pero no se ha atrevido á más: no es la suspension, sino la supresion, lo que debia pronunciar. Debia cortar esta cuestion, cuya solucion nos prepara dificultades y lentitudes. En lugar de esto, nos habla de nombrar *un ayo al principe real*. Franceses, pensad en la sangre que se ha vertido. Acordaos de los prodigios de justicia y de valor que os colocan á la cabeza de todos los pueblos de la tierra; acordaos de los principios inmortales que habeis tenido la audacia y la gloria de proclamar los primeros alrededor de los tronos para hacer salir al género humano de las tinieblas y de la servidumbre. ¿Qué comparacion hay entre esta mision sublime y la eleccion de un ayo para educar al hijo de un tirano? Pero ved ya en marcha á la más hermosa revolucion que ha honrado á la humanidad, la



KELLERMANN.